

El bote salvavidas

Yo estaba pilotando el Dragón cuando el bote salvavidas apareció a la vista.

Surgió a proa, una vela remendada en un mar que hervía bajo el sol de la tarde. Con sus lonas blanquecinas y el casco barbado de algas, parecía tan viejo como Moisés. Pero navegaba con los vientos reinantes a favor, abriéndose camino hacia una tierra tan remota que posiblemente ni existiera.

Sentí un escalofrío al ver una embarcación tan frágil en medio de aquella infinita vastedad de mar y cielo. Llevábamos veintiún días lejos de Inglaterra, a mil millas de cualquier costa. Pero hasta nuestra goleta -un pequeño mundo para los ocho hombres a bordo- parecía diminuta en medio del océano.

-¡Vela! -grité, y viré el timón-. ¡Vela a la vista!

El Dragón se escoró por la presión de las lonas. Con un estampido y un estremecimiento, la goleta se tragó una ola por la enorme boca tallada de su mascarón de proa. Los hombres se agitaron en cubierta, corrieron a tensar las velas, y el sonar de sus pasos precipitados y los gritos atrajeron al capitán Butterfield a cubierta.

El sol se reflejó en el gris de su cabello y en el rosa de su calva cuando asomó por la escalerilla de su cabina.

-¿Qué ocurre, John? -me preguntó.

-Un bote, señor -contesté, señalándoselo.

Tomó el catalejo y lo enfocó al distante salvavidas.

-¿Cuántas personas hay a bordo? -le pregunté.

Tardó un momento en responder.

-Ninguna -contestó.

-Eso es imposible -le dije.

Bajó el catalejo, limpió la lente y volvió a mirar. El largo artefacto permanecía perfectamente inmóvil en sus manos, en tanto sus rodillas se doblaban siguiendo el movimiento del barco. Después, bajó el anteojo y movió la cabeza:

-Compruébalo tú mismo.

Cambié el catalejo por el timón, y eso era cuanto yo podía hacer para mantener enfocado al bote salvavidas. Pero hube de estar de acuerdo: parecía no haber nadie a bordo del bote.

-¿Disparamos una salva? -pregunté.

-Bien pensado, John -ordenó al cañonero-: ¡Señor Abbey, una señal, por favor!

Por primera vez en nuestro largo periplo me alegré de disponer de aquellos cuatro pequeños cañones y del hombrecillo que se ocupaba de ellos, por extraño que este pudiese resultar. El hombre quitó la lona embreada que cubría el cañón más cercano, y lo tuvo listo para disparar con tanta premura, que comprendí que lo había mantenido cargado durante toda la travesía desde Londres.

Del cañón surgió una nubecilla de humo. El Dragón tembló de la roda a la popa, y el bote salió del círculo de mar dentro de mi catalejo. Volví a centrarlo, y allí había un hombre mirándome, observándome por detrás de la vela. Había estado sentado a sotavento, con un jirón de vela como protección contra el salitre y el sol.

-¡Allí! ¡Nos ha visto! -grité.

-¡Mira! -exclamó el capitán Butterfield-. ¡Por los cielos, está virando!

Era cierto. El hombre había virado el casco de su pequeño bote y ponía proa al sur. Mientras nosotros mirábamos, él giró la vela y agachó la cabeza para no tropezar con ella. Y empezó a alejarse con tanta rapidez como podía de la única ayuda que podía recibir en el mundo.

-Dios le confunda -exclamó Butterfield-. ¿Está loco?

Yo pensé que así debía ser. Veía su cabeza vuelta, mirando hacia atrás, sobre un cuello tan fuerte como el de un toro. Y entonces, con idéntica rapidez, volvió a virar y enfiló hacia nosotros.

-¡Detengan el barco! -gritó Butterfield-. Dejemos que ese diablo nos alcance.

Tornamos el Dragón a contra viento y fijamos el timón. La nave quedó casi al paio en el agua, agitándose lateralmente levantada por el oleaje. El capitán y yo, al igual que el resto de la tripulación, permanecíamos en la borda viendo cómo el salvavidas se acercaba con dificultades.

Su pintura había desaparecido, parecía carenado con trapos, y era todo un festín para los gusanos marinos. Una maraña de algas seguía su estela; hacía agua. Pero el hombre que lo gobernaba estaba tan lozano y bronceado como si acabara de zarpar el día anterior dispuesto a cruzar el océano. Un enorme baúl de marinero viajaba encajado entre los bancos remeros.

Colocó el bote en paralelo, arrió la vela y soltó la caña del timón. Luego, cargó a hombros la gran caja y alcanzó la cubierta del Dragón. El bote se separó y se fue alejando, pero él ni siquiera se volvió a mirarlo.

-Ayúdale -me pidió Butterfield-. Dale de comer y un coy.

-Sí, señor -contesté.

Los hombres se dispersaron en cuanto me puse en marcha, todos los brazos a las velas y Abbey a su cañón. Solo quedó el desconocido, sentado a horcajadas en su baúl y sintiéndose como en su casa. Llevaba el cabello recogido en una coleta, y a pesar del profundo bronceado de su piel, sus ojos eran de un azul extremadamente claro.

-¿De dónde viene usted? -Le pregunté.

-De la mar -respondió. Y eso fue todo. Se puso en pie, dominándome con su estatura, miró de proa a popa, a todo salvo a su bote que, dejado atrás, se balanceaba a merced de las olas.

Me agaché para coger el cofre de aquel hombre, el arcón más delicado que yo había visto. Sus asas estaban tan bien trabajadas que debían haber tardado meses en hacerlas. La madera brillaba gracias a su fino acabado al aceite. Pero gruñí al tratar de levantarlo. Aunque yo era más fuerte que la mayoría de los muchachos de diecisiete años, no pude ni mover aquel enorme cofre.

El desconocido se rió y volvió a echárselo a la espalda. El sonido que salió de su interior, un sordo tintineo, me hizo pensar que contenía monedas y joyas. Luego me siguió hasta el lugar de la tripulación, donde le preparé un coy al cual trepó sin siquiera una palabra de agradecimiento.